

«No soy siempre de uno mismo, respondió Juliano, aunque agora al humor de Sabino me inclino algo mas. Y pues él no puede agora razonar consigo mismo mirando la belleza del campo y la grandeza del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.»

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escrito y no muy grande, «Aquí, dice, está mi deseo y mi esperanza.»

Marcelo, que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo, vuelto á Sabino y riéndose: «No os atormentará mucho el deseo á lo menos, Sabino, pues tan en la mano teneis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierran en tan pequeño papel.»

«Si fueren pobres, dijo Sabino, menos causa tendréis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.»

«¿En qué manera, respondió Marcelo, ó qué parte soy yo para satisfacer á vuestro deseo, ó qué deseo es el que decis?»

Entonces Sabino, desplegando el papel, leyó el título, que decía: *De los nombres de Cristo*, y no leyó mas, y dijo luego: «Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los nombres con que Cristo es llamado en la Sagrada Escritura, y los lugares de ella adonde es llamado así. Y como le vi, me puso codicia de oírle algo sobre aqueste argumento, y por eso dije que mi deseo estaba en este papel; y está en él mi esperanza tambien, porque, como parece dél, este es argumento en que Marcelo ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua; y así, no podrá decirnos agora lo que suele decir cuando se excusa, si le obligamos á hablar, que le tomamos desapercibido. Por manera que, pues le falta esta excusa, y el tiempo es nuestro, y el día santo, y la sazón tan á propósito de pláticas semejantes, no nos será dificultoso el rendir á Marcelo, si vos Juliano me favoreceis.»

«En ninguna cosa me hallaréis mas á vuestro lado, Sabino, respondió Juliano.» Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcelo se excusaba mucho, ó á lo menos pedia que tomase Juliano su parte y dijese tambien; y quedando asentado que á su tiempo, cuando pareciese, ó si pareciese ser menester, Juliano haria su oficio, Marcelo, vuelto á Sabino, dijo así: «Pues el papel ha sido el despertador desta plática, bien será que él mismo nos sea la guía en ella. Id leyendo, Sabino, en él, y de lo que en él estuviere, y conforme á su órden, así irémos diciendo, si no os parece otra cosa.»

«Antes nos parece lo mismo,» respondieron como á una Sabino y Juliano. Luego Sabino, poniendo los ojos en el escrito, con clara y moderada voz leyó así:

## §. II.

Explícase qué viene á ser nombre, qué oficio tiene, por qué fin se introdujo y en qué manera se suele poner.

«Los nombres que en la Escritura se dan á Cristo son muchos, así como son muchas sus virtudes y ofi-

cios; pero los principales son diez, en los cuales se encierran, y como reducidos, se recogen los demás, y los diez son estos.»

«Primero que vengamos á eso, dijo Marcelo alargando la mano hácia Sabino, para que le detuviese, convendrá que digamos algunas cosas que se presuponen á ello, y convendrá que tomemos el salto, como dicen, de mas atrás, y que guiando el agua de su primer nacimiento, tratemos qué cosa es esto que llamamos nombre, y qué oficio tiene, y por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner; y aun antes de todo esto, hay otro principio.»

«¿Qué otro principio, dijo Juliano, hay que sea primero que el ser de lo que se trata, y la declaración dello breve, que la escuela llama *definición*?»

«Que como los que quieren hacerse á la vela, respondió Marcelo, y meterse en la mar, antes que desplieguen los lienzos, vueltos al favor del cielo, le piden viaje seguro; así agora en el principio de una semejante jornada, yo por mí, ó por mejor decir, todos para mí, pidamos á ese mismo de quien habemos de hablar, sentidos y palabras cuales convienen para hablar dél. Porque si las cosas menores, no solo acabarlas no podemos bien, mas ni emprenderlas tampoco, sin que Dios particularmente nos favorezca, ¿quién podrá decir de Cristo y de cosas tan altas como son las que encierran los nombres de Cristo, si no fuere alentado con la fuerza de su espíritu? Por lo cual desconfiando de nosotros mismos, y confesando la insuficiencia de nuestro saber, y como derrocando por el suelo los corazones, supliquemos con humildad á aquesta divina luz que nos amanezca; quiero decir, que envíe en mi alma los rayos de su resplandor y la alumbre, para que en esto que quiero decir dél, sienta lo que es digno dél; y para que lo que en esta manera sintiere, lo publique por la lengua en la forma que debo. Porque, Señor, sin tí, ¿quién podrá hablar como es justo de tí? ó ¿quién no se perderá, en el inmenso océano de tus excelencias metido, si tú mismo no le guías al puerto? Luce pues; oh solo verdadero Sol! en mi alma, y luce con tan grande abundancia de luz, que con el rayo della juntamente mi voluntad encendida te ame, mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca, te hable y pregone, si no como eres del todo, á lo menos como puedes de nosotros ser entendido, y solo á fin de que seas glorioso y ensalzado en todo tiempo y de todos.» Y dicho esto, calló, y los otros dos quedaron suspensos y atentos mirándole; y luego tornó á comenzar en aquesta manera:

«El nombre, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se substituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento. Porque se ha de entender que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razon, consiste en que cada una dellas tenga en sí á todas las otras, y en que siendo una, sea todas cuanto le fuere posible; porque en esto se avecina á Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto mas en esto creciere,

tanto se allegará mas á él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el principio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envian sus deseos todas las criaturas. Consiste pues la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno dellos teniendo el ser mio, se abrace y eslabone toda aquesta maquina del universo, y se reduzga á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que extendiéndose, y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avecinarse la criatura á Dios, de quien mana, que en tres personas es una esencia, y en infinito número de excelencias no comprehensibles, una sola perfecta y sencilla excelencia.

«Pues siendo nuestra perfección aquesta que digo, y deseando cada uno naturalmente su perfección, y no siendo escasa la naturaleza en proveer á nuestros necesarios deseos, proveyó en esto, como en todo lo demás, con admirable artificio; y fué que, porque no era posible que las cosas, así como son materiales y toscas, estuviesen todas unas en otras, les dió á cada una dellas, demás del ser real que tienen en sí, otro ser del todo semejante á este mismo, pero mas delicado que él, y que nace en cierta manera dél, con el cual estuviesen y viviesen cada una dellas en los entendimientos de sus vecinos, y cada una en todas, y todas en cada una. Y ordenó tambien que de los entendimientos por semejante manera saliesen con la palabra á las bocas. Y dispuso que las que en su ser material piden cada una dellas su proprio lugar, en aquel espiritual ser pudiesen estar muchas, sin embarazarse, en un mismo lugar en compañía juntas; y aun, lo que es mas maravilloso, una misma en un mismo tiempo en muchos lugares.

«De lo cual puede ser como ejemplo lo que en el espejo acontece. Que si juntamos muchos espejos y los ponemos delante los ojos, la imagen del rostro, que es una, reluce una misma y en un mismo tiempo en cada uno dellos, y de ellos todas aquellas imágenes, sin confundirse, se tornan juntamente á los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira. Por manera que, en conclusion de lo dicho, todas las cosas viven y tienen ser en nuestro entendimiento cuando las entendemos y cuando las nombramos en nuestras bocas y lenguas. Y lo que ellas son en sí mismas, esa misma razon de ser tienen en nosotros, si nuestras bocas y entendimientos son verdaderos.

«Digo *esa misma* en razon de semejanza, aunque en cualidad de modo diferente, conforme á lo dicho. Porque el ser que tienen en sí es ser de tomo y de cuerpo, y ser estable y que así permanece; pero en el entendimiento que las entiende hácese á la condicion dél, y son espirituales y delicadas; y para decirlo en una palabra, en sí son la verdad, mas en el entendimiento y en la boca son imágenes de la verdad, esto es, de sí mismas, é imágenes que substituyen y tienen la vez

de sus mismas cosas para el efecto y fin que está dicho; y finalmente, en sí son ellas mismas, y en nuestra boca y entendimiento sus nombres. Y así queda claro lo que al principio dijimos, que el nombre es como imagen de la cosa de quien se dice, ó la misma cosa disfrazada en otra manera, que substituye por ella y se toma por ella, para el fin y propósito de perfección y comunidad que dijimos.

Y desto mismo se conoce tambien que hay dos maneras ó dos diferencias de nombres, unos que están en el alma, y otros que suenan en la boca. Los primeros son, el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el ser que tienen en la boca del que como las entiende las declara y saca á luz con palabras. Entre los cuales hay esta conformidad, que los unos y los otros son imágenes, y como ya digo muchas veces, substitutos de aquellos cuyos nombres son. Mas hay tambien esta desconformidad, que los unos son imágenes por naturaleza, y los otros por arte. Quiero decir, que la imagen y figura, que está en el alma, substituye por aquellas cosas cuya figura es, por la semejanza natural que tiene con ellas; mas las palabras, porque nosotros, que fabricamos las voces, señalamos para cada cosa la suya, por eso substituyen por ellas. Y cuando decimos nombres, ordinariamente entendemos estos postreros, aunque aquellos primeros son los nombres principalmente. Y así nosotros hablaremos de aquellos, teniendo los ojos en estos.» Y habiendo dicho Marcelo esto, y queriendo proseguir su razon, díjole Juliano:

«Paréceme que habeis guiado el agua muy desde su fuente, y como conviene que se guie en todo aquello que se dice, para que sea perfectamente entendido. Y si he estado bien atento, de tres cosas que en el principio nos propusistes, habeis ya dicho las dos, que son, lo que es el nombre, y el oficio para cuyo fin se ordenó. Resta decir lo tercero, que es la forma que se ha de guardar, y aquello á que se ha de tener respeto cuando se pone.»

«Antes deso, respondió Marcelo, añadirémos esta palabra á lo dicho, y es, que como de las cosas que entendemos, unas veces formamos en el entendimiento una imagen, que es imagen de muchos, quiero decir, que es imagen de aquello en que muchas cosas que en lo demás son diferentes convienen entre sí y se parecen; y otras veces la imagen que figuramos es retrato de una cosa sola, y así proprio retrato della, que no dice con otra; por la misma manera hay unas palabras ó nombres que se aplican á muchos, y se llaman nombres comunes, y otros que son propios de solo uno, y estos son aquellos de quien hablamos agora. En los cuales, cuando de intento se ponen, la razon y naturaleza dellos pide que se guarde esta regla, que, pues han de ser propios, tengan significacion de alguna particular propiedad, y de algo de lo que es proprio á aquello de quien se dicen; y que se tomen y como nazcan y manen de algun minero suyo y particular; porque si el nombre, como habemos dicho, substituye por lo nombrado, y si su fin es hacer que lo ausente que significa, en él nos sea presente y cercano, y junto lo que nos es alejado, mucho conviene que en el soni-

do, en la figura, ó verdaderamente en el origen y significacion de aquello de donde nace, se avecine y asemeje á cuyo es, cuanto es posible avecinarse á una cosa de tomo y de ser el sonido de una palabra.

»No se guarda esto siempre en las lenguas. Es grande verdad. Pero si queremos decir la verdad, en la primera lengua de todas casi siempre se guarda. Dios, á lo menos, así lo guardó en los nombres que puso, como en la Escritura se ve. Porque, si no es esto, ¿qué es lo que se dice en el Génesi (a), que Adán, inspirado por Dios, puso á cada cosa su nombre, y que lo que él las nombró, ese es el nombre de cada una? Esto es decir que á cada una les venia como nacido aquel nombre, y que, si se pusiera á que era así suyo por alguna razon particular y secreta, otra cosa no le viniera ni cuadrara tan bien. Pero, como decia, esta semejanza y conformidad se atiende en tres cosas: en la figura, en el sonido, y señaladamente en el origen de su derivacion y significacion. Y digamos de cada una, comenzando por aquesta postrera.

»Atiéndese pues aquesta semejanza en el origen y significacion de aquello de donde nace; que es decir que cuando el nombre que se pone á alguna cosa se deduce y deriva de alguna otra palabra y nombre, aquello de donde se deduce ha de tener significacion de alguna cosa que se avecine á algo de aquello que es propio al nombrado; para que el nombre, saliendo de allí, luego que sonare, ponga en el sentido del que le oye la imágen de aquella particular propiedad. Esto es para que el nombre contenga en su significacion algo de lo mismo que la cosa nombrada contiene en su esencia. Como, por razon de ejemplo, se ve en nuestra lengua en el nombre con que se llaman en ella los que tienen la vara de justicia en alguna ciudad, que los llamamos corregidores, que es nombre que nace y se toma de lo que es corregir, porque el corregir lo malo es su oficio dellos, ó parte de su oficio muy propia. Y así, quien lo oye, en oyéndolo, entiende lo que hay ó haber debe en el que tiene este nombre. Y tambien á los que entrevienen en los casamientos los llamamos en castellano casamenteros, que viene de lo que es hacer mencion ó mentar, porque son los que hacen mencion del casar, entreviniendo en ello y hablando dello y tratándolo. Lo cual en la Sagrada Escritura se guarda siempre en todos aquellos nombres que, ó Dios puso á alguno, ó por su inspiracion se pusieron á otros. Y esto en tanta manera, que no solamente ajusta Dios los nombres que pone con lo propio que las cosas nombradas tienen en sí, mas tambien todas las veces que dió á alguno y le añadió alguna cualidad señalada, demás de las que de suyo tenia, le ha puesto tambien algun nuevo nombre que se conformase con ella, como se ve en el nombre que de nuevo puso á (b) Abraham, y en el de Sara, su mujer, se ve tambien, y en el de Jacob, su nieto, á quien llamó Israel, y en el de Josué, el capitán que puso á los judíos en la posesion de su tierra, y así en otros muchos.»

«No há muchas horas, dijo entonces Sabino, que oimos acerca de eso un ejemplo bien señalado, y aun

(a) Genes., cap. 2, v. 20. (b) Genes., cap. 17, v. 5 et 15. Genes. cap. 32, v. 28. Num., cap. 15, v. 17.

oyéndole yo, se me ofreció una pequeña duda acerca del.» «¿Qué ejemplo es ese?» respondió Marcelo. «El nombre de Pedro, dijo Sabino, que le puso Cristo, como agora nos fué leído en la misa.» «Es verdad, dijo Marcelo, y es bien claro ejemplo. Mas ¿qué duda teneis en él?» «La causa por qué Cristo le puso, respondió Sabino, es mi duda, porque me parece que debe contener en sí algun misterio grande.» «Sin duda, dijo Marcelo, muy grande; porque dar Cristo á san Pedro aqueste nuevo público nombre, fué cierta señal que en lo secreto del alma le infundia á él, mas que á ninguno de sus compañeros, un don de firmeza no vencible.»

«Eso mismo, replicó luego Sabino, es lo que se me hace dudoso; porque ¿cómo tuvo mas firmeza que los demás apóstoles, ni infundida ni suya, el que solo entre todos negó á Cristo por tan ligera ocasion? Si no es firmeza prometer osadamente, y no cumplir flacamente despues.»

«No es así, respondió Marcelo, ni se puede dudar en manera alguna de que fué este glorioso príncipe en este don de firmeza de amor y fe para con Cristo, muy aventajado entre todos. Y es claro argumento de esto aquel celo y apresuramiento que siempre tuvo para adelantarse en todo lo que parecia tocar ó á la honra ó al descanso de su Maestro. Y no solo despues que recibió el fuego del Espíritu Santo, sino antes tambien, cuando Cristo, preguntándole tres veces si le amaba mas que los otros, y respondiéndole él que le amaba, le dió á pacer sus ovejas, testificó Cristo con el hecho que su respuesta era verdadera, y que se tenia por amado de él con firmísimo y fortísimo amor. Y si negó en algun tiempo, bien es de creer que cualquiera de sus compañeros, en la misma pregunta y ocasion de temer, hiciera lo mismo si se les ofreciera, y por no habérseles ofrecido, no por eso fueron mas fuertes. Y si quiso Dios que se le ofreciese á solo san Pedro (c), fué con grande razon. Lo uno para que confiase menos de sí de allí adelante el que hasta entonces, de la fuerza de amor que en sí mismo sentia, tomaba ocasion para ser confiado. Y lo otro, para que quien habia de ser pastor y como padre de todos los fieles, con la experiencia de su propia flaqueza, se condoliese de las que despues viesse en sus súbditos, y supiese llevarlas. Y últimamente, para que con el lloro amargo que hizo por esta culpa mereciese mayor acrecentamiento de fortaleza. Y así fué, que despues se le dió firmeza para sí, y para otros muchos en él; quiero decir, para todos los que le son sucesores en su silla apostólica, en la cual siempre ha permanecido firme y entera, y permanecerá hasta la fin la verdadera doctrina y confesion de la fe.

»Mas, tornando á lo que decia, quede esto por cierto, que todos los nombres que se ponen por orden de Dios traen consigo significacion de algun particular secreto que la cosa nombrada en sí tiene, y que en esta significacion se asemejan á ella; que es la primera de las tres cosas en que, como dijimos, esta semejanza se atiende. Y sea la segunda lo que toca al sonido; esto es, que sea el nombre que se pone de tal cualidad, que cuando se pronunciare suene como suele sonar

(c) Matth., 16

aquello que significa, ó cuando habla, si es cosa que habla, ó en algun otro accidente que le acontezca. Y la tercera es la figura, que es la que tienen las letras con que los nombres se escriben, así en el número como en la disposicion de sí mismas, y la que cuando las pronunciamos suelen poner en nosotros. Y destas dos maneras postreras, en la lengua original de los libros divinos y en esos mismos libros hay infinitos ejemplos; porque del sonido, casi no hay palabra de las que significan alguna cosa, que, ó se haga con voz ó que envíe son alguno de sí, que pronunciada bien, no nos ponga en los oídos ó el mismo sonido ó algun otro muy semejante del.

»Pues lo que toca á la figura, bien considerado, es cosa maravillosa los secretos y los misterios que hay acerca desto en las letras divinas. Porque en ellas, en algunos nombres se añaden letras, para significar acrecentamiento de buena dicha en aquello que significan, y en otros se quitan algunas de las debidas, para hacer demostracion de calamidad y pobreza. Algunos, si lo que significan por algun accidente, siendo varon, se ha afeminado y enmolecido, ellos tambien toman letras de las que en aquella lengua son, como si dijésemos, afeminadas y mujeriles. Otros al revés, significando cosas femeninas de suyo, para dar á entender algun accidente viril toman letras viriles. En otros mudan las letras su propia figura, y las abiertas se cierran, y las cerradas se abren y mudan el sitio, y se trasponen y disfrazan con visajes y gestos diferentes, y, como dicen del camaleon, se hacen á todos los accidentes de aquellos cuyos son los nombres que constituyen. Y no pongo ejemplos de aquesto, porque son cosas menudas, y á los que tienen noticia de aquella lengua, como vos, Juliano y Sabino, la teneis, notorias mucho; y señaladamente porque pertenecen propriamente á los ojos, y así, para dichas y oidas son cosas oscuras.

»Pero, si os parece, valga por todos la figura y cualidad de letras con que se escribe en aquella lengua el nombre propio de Dios, que los hebreos llaman inefable, porque no tenían por lícito el traerle comunmente en la boca, y los griegos le llaman nombre de cuatro letras, porque son tantas las letras de que se compone. Porque, si miramos al sonido con que se pronuncia, todo él es vocal, así como lo es aquel á quien significa, que todo es ser y vida y espíritu, sin ninguna mezcla de composicion ó de materia; y si atendemos á la condicion de las letras hebreas con que se escribe, tienen esta condicion, que cada una dellas se puede poner en lugar de las otras, y muchas veces en aquella lengua se ponen; y así, en virtud cada una dellas es todas, y todas son cada una, que es como imágen de la sencillez que hay en Dios, por una parte, y de la infinita muchedumbre de perfecciones que por otra tiene, porque todo es una gran perfeccion, si aquella una es todas sus perfecciones. Tanto, que si hablamos con propiedad, la perfecta sabiduria de Dios no se diferencia de su justicia infinita; ni su justicia, de su grandeza; ni su grandeza, de su misericordia; y el poder y el saber y el amar en él, todo es uno. En cada uno destos sus bienes, por mas que le

desviemos y alejemos del otro, están todos juntos, y por cualquiera parte que le miremos, es todo y no parte. Y conforme á esta razon es, como habemos dicho, la condicion de las letras que componen su nombre.

»Y no solo en la condicion de las letras, sino aun, lo que parece maravilloso, en la figura y disposicion tambien le retrata este nombre en una cierta manera.» Y diciendo esto Marcelo, é inclinándose hácia la tierra, en la arena con una vara delgada y pequeña formó unas letras como estas; y dijo luego: «Porque en las letras caldicas este santo nombre siempre se figura así. Lo cual, como veis, es imágen del número de las divinas personas, y de la igualdad dellas, y de la unidad que tienen las mismas, en una esencia, como estas letras son de una figura y de un nombre. Pero aquesto dejémoslo así.» Y iba Marcelo á decir otra cosa; mas atravesándose Juliano, dijo desta manera:

«Antes que paseis, Marcelo, adelante, nos habeis de decir cómo se compadece con lo que hasta agora habeis dicho, que tenga Dios nombre propio; y desde el principio deseaba pediroslo, y dejélo por no romperos el hilo. Mas agora, antes que salgais del, nos decid: si el nombre es imágen que substituye por cuyo es, ¿qué nombre de voz ó qué concepto de entendimiento puede llegar á ser imágen de Dios? Y si no puede llegar, ¿en qué manera dirémos que es su nombre propio? Y aun hay en esto otra gran dificultad: que si el fin de los nombres es, que por medio dellos las cosas cuyos son estén en nosotros, como dijistes, excusada cosa fué darle á Dios nombre, el cual está tan presente á todas las cosas, y tan lanzado, como si dijésemos, en sus entrañas, y tan infundido y tan íntimo como está su ser dellas mismas.»

«Abierto habiades la puerta, Juliano, respondió Marcelo, para razones grandes y profundas, si no la cerrara lo mucho que hay que decir en lo que Sabino ha propuesto. Y así, no os responderé mas de lo que basta para que esos vuestros nudos queden desatados y sueltos. Y comenzando de lo postrero, digo que es grande verdad que Dios está presente en nosotros, y tan vecino y tan dentro de nuestro ser como él mismo de sí; porque en él y por él, no solo nos movemos y respiramos, sino tambien vivimos y tenemos ser, como lo confiesa y predica san Pablo (a). Pero así nos está presente, que en esta vida nunca nos está presente.

»Quiero decir que está presente y junto con nuestro ser, pero muy léjos de nuestra vida y del conocimiento claro que nuestro entendimiento apetece. Por lo cual convino, ó por mejor decir, fué necesario que entre tanto que andamos peregrinos del en estas tierras de lágrimas, ya que no se nos manifiesta ni se junta con nuestra alma su cara, tuviésemos, en lugar della, en la boca algun nombre y palabra, y en el entendimiento alguna figura suya, como quiera que ella sea imperfecta y oscura, y como san Pablo llama (b), enigmática. Porque, cuando volare desta cárcel de tierra, en que agora nuestra alma presa trabaja y afana, como metida en tinieblas, y saliere á lo claro y á lo puro de aquella luz, el mismo que se junta con nuestro ser agora, se juntará

(a) Acto 17, v. 28. (b) 1, Ad Corint., 13, v. 12.

con nuestro entendimiento entonces, y él por sí, y sin medio de otra tercera imagen, estará junto á la vista del alma; y no será entonces su nombre otro que él mismo, en la forma y manera que fuere visto; y cada uno le nombrará con todo lo que viere y conociere del, esto es, con el mismo él, así y de la misma manera como le conociere. Y por esto dice san Juan en el libro del *Apocalipsi* (a) que Dios á los suyos en aquella felicidad, demás de que les enjugará las lágrimas y les borrará de la memoria los duelos pasados, les dará á cada uno una pedrecilla menuda, y en ella un nombre escrito, el cual solo el que le recibe le conoce. Que no es otra cosa sino el tanto de sí y de su esencia, que comunicará Dios con la vista y entendimiento de cada uno de los bienaventurados; que con ser uno en todos, con cada uno será en diferente grado, y por una forma de sentimiento cierta y singular para cada uno. Y finalmente, este nombre secreto que dice san Juan, y el nombre con que entonces nombraremos á Dios, será todo aquello que entonces en nuestra alma será Dios, el cual, como dice san Pablo (b), «será en todas las cosas.» Así que, en el cielo, donde veremos, no tendremos necesidad para con Dios de otro nombre mas que del mismo Dios; mas en esta oscuridad, adonde, con tenerle en casa, no le echamos de ver, esnos forzado ponerle algun nombre. Y no se le pusimos nosotros, sino él por su grande piedad se le puso luego que vió la causa y la necesidad.

»En lo cual es cosa digna de considerar el amaestramiento secreto del Espíritu Santo que consiguió el santo Moisés (c) acerca desto, en el libro de la creacion de las cosas. Porque tratando allí la historia de la creacion, y habiendo escrito todas las obras della, y habiendo nombrado en ellas á Dios muchas veces, hasta que hubo criado al hombre (y Moisés lo escribió), nunca le nombró con este su nombre; como dando á entender que antes de aquel punto no habia necesidad de que Dios tuviese nombre, y que nacido el hombre, que le podia entender, y no le podria ver en esta vida, era necesario que se nombrase. Y como Dios tenia ordenado de hacerse hombre despues, luego que salió á luz el hombre quiso humanarse nombrándose.

»Y á lo otro, Juliano, que propusistes, que siendo Dios un abismo de ser y de perfeccion infinita, y habiendo de ser el nombre imagen de lo que nombra, cómo se podia entender que una palabra limitada alcanzase á ser imagen de lo que no tiene limitacion; algunos dicen que este nombre, como nombre que se le puso Dios á sí mismo, declara todo aquello que Dios entiende de sí, que es el concepto y verbo divino, que dentro de sí engendra entendiéndose; y que esta palabra que nos dijo y que suena en nuestros oidos, es señal que nos explica aquella palabra eterna é incomprendible que nace y vive en su seno; así como nosotros con las palabras de la boca declaramos todo lo secreto del corazon. Pero, como quiera que aquesto sea, cuando decimos que Dios tiene nombres propios, ó que aqueste es nombre propio de Dios, no queremos decir que es cabal nombre, ó nombre que abraza y que nos declara todo aquello que hay en él. Porque uno es el ser pro-

(a) Apoc., 2, v. 17. (b) 1, Ad Corint., 15, v. 28. (c) Genes. 2.

prio, y otro es el ser igual ó cabal. Para que sea propio basta que declare, de las cosas que son propias, aquellas de quien se dice alguna dellas; mas, si no las declara todas entera y cabalmente, no será igual. Y así á Dios, si nosotros le ponemos nombre, nunca le pondremos un entero que le iguale, como tampoco le podemos entender como quien él es entera y perfectamente; porque lo que dice la boca es señal de lo que se entiende en el alma. Y así, no es posible que llegue la palabra adonde el entendimiento no llega.

»Y porque ya nos vamos acercando á lo propio de nuestro propósito, y á lo que Sabino leyó del papel, esta es la causa por qué á Cristo nuestro Señor se le dan muchos nombres; conviene á saber, su mucha grandeza y los tesoros de sus perfecciones riquísimas, y juntamente la muchedumbre de sus oficios y de los mas bienes que nacen del y se derraman sobre nosotros. Los cuales, así como no pueden ser abrazados con una vista del alma, así mucho menos pueden ser nombrados con una palabra sola. Y como el que infunde agua en algun vaso de cuello largo y estrecho, la envia poco á poco, y no toda de golpe; así el Espíritu Santo, que conoce la estrechez y angostura de nuestro entendimiento, no nos presenta así toda junta aquella grandeza, sino como en partes nos la ofrece, diciéndonos unas veces algo della debajo de un nombre, y debajo de otro nombre otra cosa otras veces. Y así vienen á ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da á Cristo; porque le llama Leon, y Cordero, y Puerta, y Camino, y Pastor, y Sacerdote, y Sacrificio, y Esposo, y Vid, y Pimpollo, y Rey de Dios, y Cara suya, y Piedra, y Lucero, y Oriente, y Padre, y Príncipe de paz, y Salud, y Vida, y Verdad; y así otros nombres sin cuento. Pero de aquestos muchos, escogió solos diez el papel, como mas sustanciales; porque, como en él se dice, los demás todos se reducen ó pueden reducir á estos en cierta manera.

»Mas conviene, antes que pasemos adelante, que advirtamos primero que, así como Cristo es Dios, así tambien tiene nombres que por su divinidad le convienen; unos propios de su persona, y otros comunes á toda la Trinidad; pero no habla con estos nombres nuestro papel, ni nosotros agora trataremos en ellos; porque aquellos propiamente pertenecen á los nombres de Dios. Los nombres de Cristo que decimos agora son aquellos solos que convienen á Cristo en cuanto hombre, conforme á los ricos tesoros de bien que encierra en sí su naturaleza humana, y conforme á las obras que en ella y por ella Dios ha obrado y siempre obra en nosotros. Y con esto, Sabino, si no se os ofrece otra cosa, proseguid adelante.» Y Sabino leyó luego.

### §. III.

Es llamado Cristo *pimpollo*, y explicase cómo le conviene este nombre, y el modo de su maravillosa concepcion.

«El primer nombre puesto en castellano se dirá bien *Pimpollo*, que en la lengua original es *Cemach*, y el texto latino de la Sagrada Escritura unas veces lo traslada diciendo *Germen*, y otras diciendo *Oriens*. Así

le llamó el Espíritu Santo en el cap. 4 del profeta Esaiás: — En el día el Pimpollo del Señor será en grande alteza, y el fruto de la tierra muy ensalzado.— Y por Jeremías en el cap. 33: — Y haré que nazca á David Pimpollo de justicia, y haré justicia y razon sobre la tierra.— Y por Zacarías en el cap. 3, consolandó al pueblo judáico, recién salido del cautiverio de Babilonia: — Yo haré, dice, venir á mi siervo el Pimpollo.— Y en el cap. 6: — Veis un varon cuyo nombre es Pimpollo.—

Y llegando aquí Sabino, cesó. Y Marcelo, «Sea, este, dijo, el primer nombre, pues la orden del papel nos lo da. Y no carece de razon que sea este el primero; porque en él, como veremos despues, se toca en cierta manera la cualidad y orden del nacimiento de Cristo y de su nueva y maravillosa generacion, que en buena orden, cuando de alguno se habla, es lo primero que se suele decir.

»Pero antes que digamos qué es ser Pimpollo, y que es lo que significa este nombre, y la razon por qué Cristo es así nombrado, conviene que veamos si es verdad que es aqueste nombre de Cristo, y si es verdad que le nombra así la divina Escritura, que será ver si los lugares de ella agora alegados hablan propiamente de Cristo; porque algunos, ó infiel ó ignorantemente, nos lo quieren negar. Pues viniendo al primero, cosa clara es que habla de Cristo, así porque el texto caldáico, que es de grandísima autoridad y antigüedad, en aquel mismo lugar adonde nosotros leemos: — En aquel día será el Pimpollo del Señor,— dice él: — En aquel día será el Mesías del Señor; — como tambien porque no se puede entender aquel lugar de otra alguna manera; porque lo que algunos dicen del príncipe Zorobabel, y del estado feliz de que gozó debajo de su gobierno el pueblo judáico, dando á entender que fué este el Pimpollo del Señor, de quien Esaiás dice: — En aquel día el Pimpollo del Señor será en grande alteza,— es hablar sin mirar lo que dicen; porque quien leyere lo que las letras sagradas, en los libros de Neemías y Esdras, cuentan del estado de aquel pueblo en aquella sazón, verá mucho trabajo, mucha pobreza, mucha contradiccion, y ninguna señalada felicidad, ni en lo temporal ni en los bienes del alma, que á la verdad es la felicidad de que Esaiás entiende cuando en el lugar alegado dice (a): — En aquel día será el Pimpollo del Señor en grandeza y en gloria.—

»Y cuando la edad de Zorobabel, y el estado de los judíos en ella hubiera sido feliz, cierto es que no lo fué con el extremo que el Profeta aquí muestra; porque, ¿qué palabra hay aquí que no haga significacion de un bien divino y rarísimo? Dice del Señor que es palabra que á todo lo que en aquella lengua se añade lo suele subir de quilates. Dice: *gloria*, y *grandeza*, y *magnificencia*, que es todo lo que encareciendo se puede decir. Y porque salgamos enteramente de duda, alarga, como si dijésemos, el dedo el Profeta, y señala el tiempo y el día mismo del Señor, y dice de aquesta manera: — En aquel día.— Mas ¿qué día? Sin duda ninguno otro sino aquel mismo de quien luego antes de aquesto decia (b): — En aquel día quitará al redropelo el

(a) Esai., 4, v. 2. (b) Esai., 3, v. 17.

Señor á las hijas de Sion el chapin que cruje en los piés y los garbines de la cabeza, las lunetas y los collocares, las ajorcas y los rebozos, las botillas y los calzados altos, las argollas, los apretadores, los zarcillos, las sortijas, las cotonías, las almalafas, las escarcelas, los volantes y los espejos; y les trocará el ámbar en hediondez, y la cintura rica en andrajo, y el enrizado en calva pelada, y el precioso vestido en cilicio, y la tez curada en cuero tostado, y tus valientes morirán á cuchillo.—

»Pues en aquel día mismo, cuando Dios puso por el suelo toda la alteza de Jerusalem, con las armas de los romanos, que asolaron la ciudad y pusieron á cuchillo sus ciudadanos y los llevaron cautivos; en ese mismo tiempo el fruto y el Pimpollo del Señor, descubriéndose y saliendo á luz, subirá á gloria y honra grandísima. Porque en la destruccion que hicieron de Jerusalem los caldeos (si alguno por caso quisiese decir que habla aquí della el Profeta) no se puede decir con verdad que creció el fruto del Señor, ni que fructificó gloriosamente la tierra al mismo tiempo que la ciudad se perdió. Pues es notorio que en aquella calamidad no hubo alguna parte ó alguna mezcla de felicidad señalada, ni en los que fueron cautivos á Babilonia ni en los que el vencedor caldeo dejó en Judea y en Jerusalem para que labrasen la tierra, porque los unos fueron á servidumbre miserable, y los otros quedaron en medio y en desamparo, como en el libro de Jeremías se lee (c).

»Mas al revés, con aquesta otra caída del pueblo judáico se juntó, como es notorio, la claridad del nombre de Cristo, y cayendo Jerusalem, comenzó á levantarse la Iglesia. Y aquel á quien poco antes los miserables habian condenado y muerto con afrentosa muerte, y cuyo nombre habian procurado escurecer y hundir, comenzó entonces á enviar rayos de sí por el mundo y á mostrarse vivo y Señor, y tan poderoso, que castigando á sus matadores con azote gravísimo, y quitando luego el gobierno de la tierra al demonio, y deshaciendo poco á poco su silla, que es el culto de los ídolos, en que la gentilidad le servia, como cuando el sol vence las nubes y las deshace, así él solo y clarísimo relumbró por toda la redondez.

»Y lo que he dicho deste lugar, se ve claramente tambien en el segundo de Jeremías (d), de sus mismas palabras. Porque decirle á David y prometerle que le «naceria ó fruto ó Pimpollo de justicia», era propia señal de que el fruto habia de ser Jesucristo, mayormente añadiendo lo que luego se sigue, y es, que «este fruto haria justicia y razon sobre la tierra»; que es la obra propia suya de Cristo, y uno de los principales fines para que se ordenó su venida; y obra que él solo, y ninguno otro, enteramente la hizo. Por donde las mas veces que se hace memoria del en las Escrituras divinas, luego en los mismos lugares se le atribuye esta obra, como obra sola del y como su propio blason. Así se ve en el salmo 71, que dice: — Señor, da tu vara al Rey, y el ejercicio de justicia al hijo del Rey, para que juzgue á tu pueblo conforme á justicia y los pobres segun fuero. Los montes altos conservarán paz

(c) Jerem., 39 et 52. (d) Jerem., 33, v. 15.